

Del anochecer al Alba

Astarté

**Como todos nací un día,
un 16 de no se qué,
espacio sin tiempo, carne
sin nombre que muere año
con año, el mismo día...
eternamente.**

UNO

Y se hicieron los colores, la tierra, las plantas con tallos, hojas, y flores, el cielo se llenó de aves, de nubes; los mares de peces, delfines y corales; el aire jugó a hacer remolinos, huracanes, y todos nacimos de un pensamiento en la mente de Dios.

Las cosas no surgen de la nada, los seres menos, seres y cosas, no magia (porque hasta en ella existen trucos). El hombre se afana en idear teorías y más teorías para explicar lo que no puede explicarse, es increíble eso de la generación espontánea... ¿nada? es algo sin lugar, sin tiempo, que no se ve, que no se siente, aún cuando se confunda con el vacío del alma, la nada no existe... no es.

¿Cómo nació el primer hombre, la primera mujer? ¿del barro, de la costilla? ¿de la musaraña o del mono? ¿existe el eslabón perdido? Miles de preguntas con millones de respuestas, tal vez verdad tal vez mentira; la verdad es casi siempre más simple de lo que parece, y lo simple lo más complicado.

Sea como sea Alba fue; nació del breve pensamiento, en un minuto dos nombres coincidieron, se reconocieron los ojos y el color sin mirarse, veinte dedos ansiosos recorrieron las pieles, cuando por fin se miraron ya eran uno sólo; una boca bebiendo de sí misma, un ojo dividido mirando el horizonte, un dedo señalando lo eterno, un corazón en el centro que latía, que alimentaba el mismo cuerpo, las manos se habían fundido, igual que las piernas que andaban el camino, su camino.

Sin haber tenido tiempo para pensarlo compartían la vida, el aire, el sueño, el

llanto... ¿por qué? tal vez porque sus soledades estaban menos solas, tal vez por amor o capricho ¿qué más da?

Como después de luna nueva el vientre de Luz comenzó a crecer, así lo hizo durante nueve meses, hasta que se convirtió en luna llena; allí adentro estaba Alba, ansiosa por salir, por ver, por utilizar sus manos que ya había descubierto... Sólo una cosa la inquietaba ¿dolería nacer?

DOS

El quirófano estaba tan iluminado como lleno de personas vestidas con el color del cielo; mientras se escuchaban los gemidos de Luz, la lámpara reflejó el momento en que Alba, acompañada por sangre y desechos salió al mundo, las partículas de polvo suspendidas en torno a ella festejaban el primero de sus muchos nacimientos.

Descubrió que nacer duele ¿vivir dolería lo mismo? de pronto, tuvo el impulso de regresar, pero no pudo, su cuello estaba enredado con la soga del cordón umbilical, por fin los médicos la liberaron y ella hizo lo mismo con el llanto. Ya tranquila, y entre sollozos se descubrió respirando ¡qué extraña sensación! (le ardían la nariz y los pulmones). Podía sentir el aire, mover torpemente el cuerpo, estirarse sin límites, ya nada la comprimía, ni la asfixiaba ; era y se sabía libre.

Después de limpiarla y envolverla, la recostaron sobre algo, alguien suave. De inmediato reconoció los latidos del corazón, el crujir de las tripas, el ritmo de la respiración, intentó abrir los ojos, pero los tenía pegados, y así, sin verla, supo que era Luz quien le daba la bienvenida.

TRES

Alba conocía a Luz, sabía que era su mejor refugio, el lugar más cómodo, con quien debía estar; distinguía sus pasos de entre todos, su voz con cada tono, las palabras, la forma de cantar, pero sobre todo el olor tan peculiar que despedía, una dulce mezcla de leche y perfume.

De Luz sabía suficiente, sólo necesitaba poder responderse ¿a quién pertenecía esa voz ronca que le hablaba con dulzura? ¿de quién eran las manos que le regalaron la primera caricia? ¿de quién los brazos fuertes que sin querer esperaba? ¿quién era él, que olía a amor?

¿Por qué tenía que ser tan distraída? daba vueltas, y más vueltas en su cuna, lo mismo que las preguntas en la cabeza, parecía tener retortijones, cólicos, o pesadillas, pues mientras pensaba prefería cerrar bien los ojos para evitar distracciones; de pronto se sintió mareada, su mente giraba y el cuerpo también. Se elevó hasta tocar el techo ¿las personas vuelan o soy un ángel?

Sintió nauseas, abrió de golpe los ojos, entonces descubrió que no era ni su mente ni sus alas quienes la habían elevado, sino los brazos de Marfil; al verse reflejada en la miel de sus ojos supo de inmediato que Marfil era su padre, ese a quien tanto había escuchado; era él quien olía a amor. Por fin se sintió tranquila.

CUATRO

Ya no dormía en su cuna, estaba grande para eso, sabía vestirse, peinarse, y hasta hablar. Para ella Marfil era más que un nombre, estaba segura de que él había sido labrado por Merlín en el colmillo de un elefante mágico, era el más valiente caballero sobre la tierra... el mejor; los dragones, los fantasmas, los tiburones, y hasta las arañas patonas le temían, por eso Alba con Marfil se olvidaba de que el miedo a veces le habitaba el corazón.

Sus ojos... los más grandes, una extraña mezcla de miel y esmeralda, le gustaba verse duplicada en ellos, pero le gustaba más dormirse sobre su panza.

Ni en la tierra, ni en otro mundo existían canciones más bonitas que las que Marfil cantaba, y sólo los poemas, los cuentos, y los juegos que se llenaban de su voz y de su aroma, eran capaces de llevarla a otros mundos; y en cualquier lugar, y en cualquier historia él era la mejor verdad de su vida. La única verdad que conocía.

CINCO

El corazón de Alba había crecido un poco más, latía tan aprisa como si quisiera escaparse, aunque joven sabía del miedo; pero éste miedo no era igual al que le provocaban la obscuridad, los fantasmas, los ladridos del perro, o el cinco en la boleta de calificaciones, no. Ese miedo se parecía más al terror.

Luz y Marfil vivían en un campo minado, se habían declarado la guerra, protagonizaban las más crueles batallas ; no había treguas, mucho menos intenciones de firmar un tratado de paz. Mientras él la atravesaba con la espada, ella quemaba su piel, la marcaba con llagas; utilizaban además de puños, letras, palabras como armas, lo mismo que los frutos de lo que tal vez... de lo que ya no era. El cielo temblaba con su estruendo, hasta las lombrices bajo la tierra resultaban lastimadas y lloraban sus heridas. (Sólo los que se mordían la lengua, y usaban antifaz y orejeras podían aspirar a salir ilesos).

Alba los miraba con ojos redondos, fijos, así como se ve a los toros heridos en el ruedo, o a las palomas en combate ¿el amor es esto? no pudo responderse, ni se atrevió a preguntarlo en voz alta, prefirió no salir de la trinchera.

Todo lo que veía y escuchaba era enterrado de inmediato en una fosa común del cementerio de su corazón, en ese rincón oculto en donde se guardan los malos momentos, el sinsabor. Aunque Luz y Marfil estaban mutilados, más muertos que vivos, Alba no podía imaginarlos al uno sin el otro.

Un día de cielo gris, de lluvia, de aire denso... irrespirable, Marfil se cansó de esconderse en las trincheras, de los heridos en el campo de batalla, de reconocer pedazos de él regados por todas partes; tomó sus palabras, sus pasos, cada sentimiento; guardó todo lo vivido en una maleta, se fue sin dejar huellas sobre la tierra.

Alba intentó seguirlo, correr tras él, inventar su rastro, descubrirlo, pero Luz con actitud de Medusa la envolvió con tal fuerza que se convirtió en estatua de hielo, con

el corazón y los ojos hinchados de llanto congelado no pudo decir adiós, no pudo decir nada.

SEIS

¿Adiós? ¿Hasta nunca? Son palabras huecas, que no se entienden sino acompañadas de la acción. Alba jamás había dicho adiós, por eso esperaba que Marfil volviera, como tantas veces, no entendía la ausencia, ni la separación (si acaso empezaba a sentir las); escondía la angustia y la maquillaba de esperanza, de certeza, cuando estuvo muy cubierta la guardó en un lugar que olvidaría y olvidó el lugar.

Como conjuro mágico recitaba para sí misma una y otra vez su poema "...La princesa está triste ¿qué tendrá la princesa?..." Cuando Marfil se lo regaló, ella pudo sentir que alcanzaba las nubes. Él le dijo que cuando lo deseara mucho alcanzaría la estrella con la que soñaba, la más brillante del cielo; al tocarla la estrella le concedería un milagro tan solo para verla sonreír. Alba deseó la estrella con todas sus ganas... no pudo alcanzarla y el milagro nunca llegó.

Pasaba horas mirando a través de la ventana, rogando a la luna, al sol, o a quien la escuchara ¿Dios es sordo? ¿habla otro idioma? Marfil era su compañero de juegos, su orgullo, el mejor personaje de la historia que escribía.

Por primera vez se topaba de frente con la tristeza, con el dolor de ya no ser la princesa, el tesoro máspreciado del rey; entonces el vacío se volvió un hueco, un hoyo profundo, un abismo en el corazón que nada podía tapar; como si le hubieran tallado la carne por dentro, así sangraba. Tuvo que aprender a vivir, a hablar con un nudo atorado en la garganta.

Marfil siguió su camino, no dio marcha atrás, tampoco miró lo que dejaba, construyó un nuevo castillo en donde Alba ya no reía; a ella le hubiera gustado hacer lo mismo, olvidarse de él, escribir otras historias, pero no pudo. Le dolía el alma, las lágrimas guardadas, también las que habían salido, le dolía su nombre y saberse despierta sin despertar de la pesadilla.

SIETE

Parecía que los engranes funcionaban nuevamente, que la niebla no hacía turbio el horizonte, que los glaciares estaban muy lejos, olvidados; reía como si nunca hubiera llorado, caminaba como si no supiera del miedo, miraba la ciudad desde lo alto sin recordar el vértigo, hasta que un día, cuando no era niña ni mujer le dolieron las entrañas.

Después del espasmo y las contracciones, vomitó tres hijos producto de su unión con el silencio. Los pequeños nacieron con nombre: Rabia, Odio, y Rencor; su fuerza era incontrolable, devastadora. Alba perdió la voluntad, y se entregó en cuerpo y alma a la crianza de sus hijos.

Para crecer se alimentaban de sangre, de alma, como no podían dejarla vacía le llenaron las venas de hierro fundido, su carne se volvió metal, sus ojos esferas de cobre opaco, sólo podía llorar hacia adentro, cada lágrima la oxidaba, las suyas y las del cielo que son lluvia.

El metal no es como el vidrio, no deja ver, por eso ella tenía la vista distorsionada; sus hijos le contaron que Dios no existe, que el amor es utopía, la Luz oscuridad, y el Marfil piedra caliza. Le ordenaron vengarse de quienes le enseñaron tantas mentiras, acabarlos uno a uno, sin recordar que existe la piedad.

Obediente y sumisa, Alba convirtió su brazo izquierdo en espada, inició la guerra, asestaba golpes certeros, mataba con la lengua cargada de arsénico... cada herida en los demás era un estigma en ella misma.

OCHO
Al Lic. Alfredo Alvarez Cuevas

Adalid era su faro, su abrigo en el invierno, le daba reposo en la fatiga, alivio ante el dolor...era satélite al que recurría llegado el momento, él, más que un refugio, era el lugar más cercano a Dios.

Llegó con la espada rota, y la lengua reventada, podrida; estaba cansada del cuerpo, de la mente, al verlo no pudo evitar sentir nostalgia por la vida, por esa vida que se le escurría por los dedos, que literalmente y como humo se le escapaba de las manos, que no podía retener. Adalid era como un padre para Alba, o mejor, porque su paternidad rebasaba la biología, la genética, y los lazos consanguíneos; era su hija por amor, por ternura.

Él era un ser maravilloso, casi un milagro, un ángel enviado a la tierra como prueba de que Dios existe, y lo bello también. Sus ojos iluminaban todo eran buenos, dulces, la llenaban de paz, de mañana, en el fondo y a pesar de todo Alba se sabía afortunada.

Adalid escuchaba cada palabra que la voz y el silencio de Alba tenían que decir; con manos suaves secaba el llanto, la aceptaba sin juicios, sin reproches, sin condenas, como si entendiera la inconstancia, la rebeldía, la infinita tristeza, como si tuviera la certeza de que Alba miraría con otros ojos... algún día.

Para Alba Adalid era un motivo de vida, tan importante como la luz del sol para el reflejo de la luna. Todo tiene una razón de ser, y Alba agradecía esa razón que le había permitido coincidir con él en un universo tan grande, tan lleno de mundos, de ciudades, de gente, de historias, de máscaras... de vidas.

NUEVE

Después del descanso que Alba encontraba en compañía de Adalid, regresaba a su realidad; allí vivía por inercia, respiraba porque la nariz quería, caminaba porque las piernas sirven para eso, estaba en los lugares sin estar, hablaba sin decir, sólo para ocupar la garganta, para mover la lengua (que como todo músculo necesita ejercitarse). Al dar la mano pronunciaba su nombre como si fuera el de otra persona, el de una marca de cigarrros, o un cepillo de dientes, para ella no existía diferencia entre uno y otros. Alba era como un engrane que no embonaba en ningún lado.

Mirar adelante, atrás, a donde fuera, le aburría. De metal a roca, se le olvidó sentir, fumaba para llenarse, pero el humo no llena los huecos. Se espantaba del vacío, de la apatía por sí misma, de su propia indiferencia, por eso ya no pensaba.

Después de la noche abrió los ojos y se supo sola, como siempre, como desde el principio, se levantó dispuesta a huir y esconderse en una cueva alejada, oscura, deshabitada, pero en su ciudad no habían cuevas. No tenía opciones, así que se escapó hacia adentro, estaba tan vacía como llena de miedo a la vida, a no saber si algún día podría atreverse a enfrentarlo, y si sería capaz de vencerlo. Entró en el silencio, pero el silencio le martillaba los oídos.

“Aprisionaste mi alma, no te interesaban el cuerpo ni los ojos, tampoco la languidez ni los sueños, aprisionaste mi alma... Miedo: tienes mi todo”

DIEZ

Se decidió a interrumpir por un momento su estancia en el silencio. Estaba parada contemplando tantas brechas sin lograr decidirse por alguna, no sabía cuál recorrer, al elegir entre una u otra debía olvidarse de las demás, hacer de cuenta que nunca las vio, que jamás existieron.

Deseaba recorrerlas todas, deseaba no moverse, deseaba aparecer un adivino que le señalara la correcta, deseaba una mano arbitraria que la empujara por alguna, pero no tenía la lámpara maravillosa y los deseos no se cumplieron, nada se movió, ni siquiera ella, ni siquiera el miedo, hasta su alma de cartón permaneció inmóvil.

ONCE

De tanto permanecer inerte las capas de lodo la convirtieron en estatua, Alba detestaba lo que hasta ese minuto había sido, lo que era, lo que sería, lo que no podría ser. Odiaba despertar de una pesadilla a otra más terrible, y no saber del sueño por estar paralizada; era una especie de monumento a lo grotesco digno de cualquier museo de Ripley. Aunque usted no lo crea.

¿Por qué ella? ¿Por qué así? Creía tener exclusividad sobre el sufrimiento, pero de tan cubierta, no lograba ver que tanto dolor más que verdad era mentira; un rasgo de carácter que le daba más fuerza, e intención al personaje que con tanto cuidado se había fabricado.

Mintiéndose a ella misma, se preguntaba cosas que no lograría contestarse mientras siguiera allí, así.

“Lo más difícil es darse cuenta de que se está sólo, encerrado en un cuerpo suicida, que quiere ahorcarse con una soga de rabia, furia, y desesperación.

Lo más difícil es darse cuenta de que se está sólo, y peor aún: ausente de sí mismo”

DOCE

Cayó una tormenta de agua pura que bien pudo ser diluvio, las gotas lograron deslavarle del cuerpo algunas capas de lodo. Alba por fin se movió, los músculos estaban atrofiados, entumidos, le hormigueaban las piernas, así, corrió sin mirar atrás, sin mirar adelante, abajo, o arriba... sin brújula corrió sin rumbo, no sabía del sur o del oriente, sin quererlo se perdió en un laberinto.

Las paredes y los pasillos estaban cubiertos de alacranes rojos, negros, amarillos, escarlata; los pasillos eran largos y estrechos, casi interminables, pasaba una y otra vez por el mismo sitio (o eso creía) se detuvo. Giraba en un círculo infinito, los colores se mezclaron hasta alcanzar el negro, se recordó dentro de su cuna, sabía que ésta vez no eran los brazos de Marfil quienes le provocaban el mareo ¿acaso era su mente? ¿quizás el infierno?

No podía saberlo, en esos dos lugares habían llamas que quemaban, gemidos que ensordecían, terribles demonios que no se atrevía a mirar por miedo a reconocerse ¿cómo podría distinguir entre uno y otro?

TRECE

Sus huesos tocaron el fondo del negro, ¿en dónde estaba atrapada? Tal vez en el oscuro pozo que era ella misma, una vez más no supo responderse, y cómo saberlo si no conocía de sus lugares, de sus bosques y sus pantanos, de sus aves y serpientes.

Se atrevió a mirar en dirección al cielo, y aunque no distinguió su azul, rogaba por una luz, por la esperanza, el cielo nunca habló, sólo el silencio decía cosas que ella no escuchaba.

Se destrozó las uñas rasguñando las paredes, golpeaba el piso al tiempo que gritaba el nombre de Luz y Marfil que tampoco la escucharon, sus mundos estaban tan lejos que no llegaba el llanto.

Se habían olvidado de ella ¿en qué momento los perdió? ¿en qué momento se perdió de sí misma? que difícil no poder reconocerse, no saber en dónde se enciende la luz, en dónde se apaga.

“Pozo sin principio, sin fin, porque rebasa el cielo quien sabe hasta dónde, porque no termina en la tierra, porque es cilindro infinito que atraviesa el universo como corazón de manzana, porque nadie sabe qué guarda; ni yo sé quién, qué, para qué soy”.

CATORCE

Desde el fondo de las tinieblas gritó, rogó tanto y tan fuerte, que alguien por fin le ayudó a salir sólo para hundirla un poco más; sí, con gratitud apretó la mano de una bestia maquillada de ángel.

El maquillaje se borró del rostro, y al sentirse descubierta la bestia sacó los colmillos, las uñas se transformaron en garras, entonces quiso devorarla... Alba logró escapar.

Tenía el cuerpo lleno de surcos que ardían, igual que el alma, que la mente; se construyó un caparazón para curar sus heridas, para esconderse del miedo que por tanto tiempo la había perseguido, para no ver, para no hablar, para no pensar, para tratar de olvidar que seguía viva, para invocar a la muerte.

“No pido más que un otoño en el calendario, que las hojas caigan sin parar una tras otra, que se las lleve un remolino para que pueda venir la muerte”.

QUINCE

Como caracol se arrastraba, y siempre, inevitablemente se topaba con piedras ¿las piedras sienten? ¿por qué me siguen? ¿por qué están? ¿por qué me estorban?

Se había hartado de detenerse a cada momento, de cargar tantas piedras sobre su caparazón, ya no quería arrastrarse, le dolían las llagas del abdomen, necesitaba recuperar las piernas, dejar de ser gusano... era tarde para regresar, temprano para darse por vencida.

Su arrastrar lento y el camino una pendiente, pensaba que jamás podría llegar al final, mirar desde la cima; sabía que pronto la alcanzarían la derrota, su viejo conocido el fracaso, y lo peor, la burla de sí misma.

DIECISEIS

De tan cargado el caparazón estaba a punto de aplastarla, sin concederse tiempo para pensarlo Alba se lo arrancó de la piel, ya no era capaz de sostenerlo; y mientras el llanto enjuagaba sus heridas, repetía como si cumpliera una penitencia:

“Todo empieza y termina cuando el sol se cansa de salir y se aburre de alumbrarlo todo, entonces la luz se vuelve tiniebla que se roba mi nombre”

Cuando se cansó de hablar escribió sobre la hoja de un árbol:

“Los huesos están débiles, casi a punto de quebrarse y ser astillas ¿cómo estará el corazón si es de carne? ¿y la cabeza? llena de ideas confusas, que no terminan, que no empiezan, son ideas de muchas vidas, una es producto de la otra; se me multiplican hasta que la mente se transforma en un enorme serpentario, en donde millones de reptiles se muerden la cola formando cadenas infinitas... interminables.

Tengo llanto seco, también de muchas vidas, rancio, lágrimas de sal que queman, tengo tanta soledad como cabellos, tanta nostalgia como líneas en las manos; tanta confusión como poros en la piel, tengo terror de la noche porque el miedo me arrulla y me rasca la cabeza con sus uñas venenosas... tengo tristeza de vísceras, tristeza que late y bombea en el lado izquierdo de mi pecho”

Para cuando el verde de la hoja se terminó, Alba cerraba los ojos mientras el miedo, a su lado, entonaba una canción de cuna.

DIECISIETE

Sintió un beso frío en la mejilla, despertó, era su amiga la muerte, por fin había llegado; Alba intentó tomarla de la mano, irse con ella... apenas pudo rozarla, la muerte andaba rápido, y Alba estaba débil, no sostuvo el paso, la perdió de vista.

No era el día, la hora, o tal vez el veneno adecuado ¿todo está escrito?

DIECIOCHO

La lástima es un sentimiento que a veces sirve para unir a las personas, la culpa también. Muchas voces le hablaban a un tiempo, cada una le contaba del valor de la vida, y entre tantos rostros desdibujados había ojos sinceros, falsos, turbios, inciertos, desconocidos.

Un destello muy especial le ayudó a reconocer a sus amigos, olía su cariño, su preocupación, también reconoció a los que no lo eran, su olor como de chile en comal le picaba la nariz, estaban los curiosos que olían a ansia por algo que contar; y los que se sienten dueños de la verdad y de la vida, que olían a juicio, a lección, a sentencia.

A Alba sólo le importaban los amigos, los demás le daban igual, lo mismo podían ser invisibles que de carne, no valía la pena ni mirarlos. Ella agradecía las manos dulces, y cálidas; por ellas se sentía confortada, menos hueca, más de carne.

Intentó volver a caminar, conocía lo oscuro de la muerte, se propuso descubrir los tonos de la vida, no deseaba lastimar a los demás, mucho menos sembrarles semillas de culpa; debía obligarse a vivir, para que los que la querían pudieran confiar, respirar en paz.

Decidió ponerse una máscara de alegría, de ganas, rediseñó el personaje de su historia, cambió el argumento, el escenario... mientras la función daba inicio Alba pensaba:

“Sería bueno poder decir sin que nadie se alterara: Hoy he decidido morir, los invito a despedirme, quiero compartir con ustedes mi adiós a la vida, haré una fiesta para que sean parte de la dicha de mi nacimiento... de mi liberación”.

DIECINUEVE

¿Cumplía cien representaciones? ¿Mil? ¿Uno, dos, veinte años de éxito? Se había cansado de la monotonía del libreto, de sus absurdos parlamentos, de la falsa rehabilitación, de engañar a todos bebiendo a escondidas la muerte.

Se quitó el vestuario, quedó desnuda, con agua caliente hizo una poza en la tina de baño, necesitaba relajar los músculos, no sentir frío; alternaba palabras con pastillas, tinta con llanto.

“Me escucho tan lejos... ya no me escucho ¿en dónde estas? La soledad es terrible, por lo menos la mía, te fuiste y no queda más que preguntarme ¿qué soy sin ti? ¿qué fui contigo? No lo sé.

Tal vez la triste protagonista que habita la cabeza del escritor desconocido, o el títere de un niño caprichoso que se divierte enredando mis hilos, paralizándome, o la muñeca que acompaña a la mujer y se adueña de su vida. Lo mismo puedo ser grano que montaña.

Así como todo existe porque mi mente lo fabrica, o lo inventa, todo dejará de ser el día que yo no sea. Las personas dicen que cada quien es el arquitecto de su propio destino ¿cómo va a ser? si la vida te lleva por donde le place, igual que el viento arrastra a la pluma, o el movimiento de la tierra separa un continente.

Todos los humanos se piensan libres, no sé por qué, si nacen sin su consentimiento, y la muerte los toma por sorpresa; creen hacer lo que quieren, cuando siguen una línea ya trazada. Estoy harta de tanta estupidez.

No entiendo el mundo sin ti; ya no tolero a la chillante voz de la razón preguntando, y exigiendo respuestas ¡No me deja en paz!

Sé que mi destino es ser dios, aquí, en la tina de baño mi cuerpo es tierra, continente; el agua es mar que se agolpa, choca y forma remolinos. La marea sube y baja al menor movimiento, a mi gusto. El shampoo es la espuma de momentos pasados, y el zacate, la ballena negra que se traga la esperanza.

Los residuos de jabón son peces, pulpos, delfines... las manos erizos, los pies

estrellas de mar; los trozos de plástico del fondo barcos de recuerdo que intento sepultar en el olvido. Con el índice provoqué un maremoto que destroza la playa de mi axila, los ojos son el sol y la luna eclipsados, las lágrimas cascadas que adornan árboles en forma de pestañas (los turistas las admiran desde mi nariz sin saber que son producto de tu ausencia).

Las fosas nasales son cuevas de hierba crecida, donde habitan leones salvajes, mis oídos, el refugio de la única familia pie grande de éste mundo.

Las pecas son piedras, y los poros abismos que desembocan en los subterráneos de las venas. El mentón es cima, el cuello pendiente que termina en los volcanes de mis senos.

Las costillas guardan valles que igual que yo no soportan el encierro. El Ecuador cruza el ombligo que es laguna; la espalda es planicie dividida por la sierra madre, empieza en el coxis y termina en la cabeza, tierra impenetrable, la más fría, mi polo norte.

Los brazos y las piernas son arena, los vellos palmeras, es de noche cuando cierro el ojo izquierdo, es también de día; si deseo que el mundo tiemble basta con estremecer, o agitar alguna parte de mi cuerpo que lo es todo.

¿Qué va a ser de mí? Inventé un mundo gobernado por una diosa triste, eterna y sola, deshabitada porque no se tiene, porque se perdió en el supermercado.

El juicio final se acerca, ahora sé que hasta dios es muerte, y la muerte lo cierto”.

Se tomó la última pastilla al tiempo que marcó el punto final; aún con el agua hirviendo, el cuerpo se le llenó de frío.

VEINTE

Flotaba en el limbo, en un lugar de besos que no existen, de caricias que no tocan, de brazos que no estrechan, de manos sin dedos; flotaba lo mismo que sueño no soñado, que palabra que no se escucha.

Estaba en un lugar lleno de nada y vacío de todo, dentro de sí misma, tal vez viva, tal vez muerta.

“Jugaba a ser niña y poeta, miedo y sonrisa de payaso maquillado con lágrimas, jugaba a ser diosa, princesa de cuento cursi y guerrera; pero cuando dejaba de jugar y me descubría desnuda de ropa y disfraces, sólo alcanzaba a ver a una mujer devastada, que ansiaba tener alas para sobrevolar el abismo, para dejar de correr tras la muerte”.

VEINTIUNO

¿Despertaba a la vida de la muerte, o a la muerte de la vida?

“Una vez más pienso en ti, me pregunto por qué cuando te busco no estas, me he cansado de disfraces y caretas, de tener que reír cuando las lágrimas me explotan por dentro de los ojos, de repetir y repetir “la vida es bella” como si de esa forma se me pudieran quitar estas ganas de pensarte, de elegir el ya no estar, el ya no ser la persona que soy, o mejor aún, sólo dejar de ser. Te añoro como a nada, quiero descansar, reposar en ti, y volverme polvo, recuerdo, u olvido”

Alba respiraba, seguía habitando el mundo a pesar del deseo de habitar la tierra, abrió los ojos cansada de perseguir a la muerte, de no alcanzarla, entendió que debía resignarse a la vida, desencantada regresó al camino.

“Siempre que me dicen ¡Mira el horizonte, ve por él! no sé hacia dónde mirar, no logro distinguirlo”

Como no se resignaba a vivir, intentó olvidarse de que la muerte existe... por un tiempo.

VEINTIDOS

“Es terrible pensar que no inspiro un poema, una canción, que mi ausencia no se siente en alguien, porque no es líquida, porque no es sangre; que mi cuerpo se evapora y no es recuerdo ni olvido.

Es difícil aceptar que la voz no llegue aquí, que nadie cante, que yo no escuche”.

Escribía cuando el blanco de la hoja la deslumbró; sus ojos se encontraron con unos ojos más grandes, irradiaban vida, rayos de sol.

Sol llenó sus manos de cariño, de sueños, gracias a eso Alba aprendió a vivir algunas horas del día, las que pasaba con él; el demás tiempo tenía la sensación de saber que todo está perdido, aunque en el fondo brillaba la certeza de ganar la batalla ¿Era eso la esperanza?

El aliento, las caricias, los besos, y los juegos, se transformaron en letras que grabaron poemas en la piel; en su alma quedó tatuado con violetas el amor de Sol, la fuerza de columna que sostiene, el impulso de resorte que empuja...

Conoció un poema con su nombre, miles de canciones, su cuerpo de vapor no se volvió recuerdo, ni olvido.

Sol alumbró su vida por muchas vueltas a la tierra, hasta el día en que decidieron concluir el capítulo.

VEINTITRES

Alba igual a confusión; la ruptura con Sol implicaba aprender a vivir con una ausencia más, el saldo crecía año con año ¿balance a favor o en contra?

“Soy un hueco lleno de ausencias, es decir, soy una Alba vacía. El tiempo pasa pronto ¿virtud o defecto? Antes de lo que pensamos nos rebasa, las horas me llevan mucha ventaja, y yo tengo que parar, tomar un respiro ¿en qué momento de presente te volviste recuerdo?

No atino a pensar en lo que será, no sé para qué pierdo el tiempo ¿cómo veré la vida mañana ? ¿la veré ? Incierto.

Vida: me gustaría entrevistarte, saber cómo justificas las situaciones que nos impones, cuáles son tus razones para ser como eres.

Yo no entiendo nada, sólo sé que vamos y venimos, que saltamos de un sitio a otro, de una boca a otra ¿algún día termina tanto ajetreo ? ¿será que el amor romántico no es más que uno de tantos mitos, inventado para obligar a hombres y mujeres a buscarlo y por lo tanto a vivir? Yo no lo sé”.

Alba ya no quería sentir por nadie, por lo menos en ese momento.

“Después de siglos de gestación di a luz a un corazón, peso menos de un kilo, es rojo, de carne, sé que debería sentirme orgullosa, pero es tan vulnerable que me enferma, si hubiera podido elegir, en lugar de parirlo habría adoptado una piedra”.

Alba tenía miedo de amar, de repetir aun sin querer las historias que conoció de niña, de adolescente, de mujer, las que vivió en carne propia y las que le llegaron de oídas.

“A veces pienso que no me interesa encontrar el amor, que sólo busco un reflejo, alguien en quien pueda verme, reconocer mis ojos y mis manos, para poder tocarme sin miedo, para no recordar que casi todos los hombres que he conocido en la vida, han sido espejismos: mentira”.

VEINTICUATRO

Por convicción había hecho de la búsqueda del amor un pendiente en su vida. Estaba cansada de desconocerse, de renegar de si misma, sabía que vivir con el alma y el corazón envenenados no era vivir, ya no podía permitirse pensar en la muerte como la salida, o la salvación.

No le gustaba estar desesperada, ni angustiada, ya no; quería arrancar de golpe ese nudo que cierra la garganta. Alba guardó silencio, una voz suave y pausada le contó del futuro, del camino que quedaba por andar, de la posibilidad de construirse un destino a su gusto. Alba escuchó cada palabra con atención; para cuando la voz terminó, y aunque el nudo no aflojaba Alba sintió ganas de vomitar lo que guardaba adentro, necesitaba vaciarse, volver a empezar.

VEINTICINCO

Se debe empezar por algo, y lo sabía, por eso estaba parada ante el armario en el que guardaba sus sentimientos, sus pasiones, con todo el odio y el rencor que le cabía. Los cajones... llenos de frustración, de impotencia.

Ese armario repleto era su vida, que no era larga, ni corta; no quería abrirlo, sólo pensaba en desistir y dar marcha atrás...entonces recordó cuando O le dijo que “el miedo es un enorme dragón al que sólo se le puede destruir enfrentándolo, si no, tarde o temprano termina por devorarte”.

Sin pensarlo más abrió las puertas del armario, miles de alimañas le cayeron encima, querían acabarla, robarle la piel, quitarle hasta la última gota de vida, miles de patas se le encajaban, le recorrían el cuerpo; sin desfallecer Alba luchó con manos, pies, dientes... hasta matarlas a todas, ella, igual que los cadáveres, terminó tendida en el piso.

Cuando abrió los ojos flotaba entre nubes color neón.

VEINTISEIS

Jugaba con rayos violeta, amarillos, rojos, parecía como si el cuerpo no pesara, se fundía con el aire, atravesaba los suspiros, era aliento... en su interior una voz cantaba, era la voz que antes había escuchado, era ella misma.

VEINTISIETE

Miraba de un lado a otro su vida, había aceptado el pasado y el presente con la felicidad y la tristeza; sin ellos Alba no sería Alba, podría tener el mismo nombre, pero no los ojos y la carne, no lo que se siente, no las ganas de un mejor futuro.

Esa era su historia, única, distinta a todas, y no deseaba cambiarla ni cambiarse, sabía la fórmula para convertir en barro el lodo que la paralizó en el camino; con él, y las manos moldeaba una figura, la mejor. No tenía prisa por terminarla, aún le quedaban muchos minutos, muchas horas, muchas vueltas al calendario.

Empezó a sentir nostalgia por el amor, ganas de conocerlo si es que no lo había hecho ya.

“Mi amor: Tal vez no estas en la tierra, ni en el aire, ni en el agua, ni en el fuego. Al mirarme no estas en mis ojos, en mis manos, adelante o atrás de las huellas. No te encuentro en el aliento, ni en la sombra que persigue, ni en el beso que es suspiro. No te veo en el horizonte, en la vida hoy, en mi sueño o mi despertar.

No estas y no te busco aunque te invoque, aunque invente y lo repita mil veces. Dice la gitana que no apareces en las líneas de mis manos, ni en las cartas que lee el adivino, no puede verte a través de la bola de cristal, ni en las runas, ni en el oráculo. Mi amor: Tal vez no estas en mi destino”.

VEINTIOCHO

Deseaba alcanzar el sol, tener alas para cruzar el cielo, beberse el mar con jugo de naranja acompañando un cóctel de camarones, brillar en la noche tanto como la luna, a veces de leche, a veces de plata, y vivir mientras tuviera vida.

“Hombre de la luna, me gusta pensar que tu casa es de plata, quiero conocerla, tener un pretexto para verte, para saber si son tus ojos esos que busco.

No sé si estas, desde la ventana no logro verte (me voy a comprar un telescopio). Dame una pista y te prometo seguir tu rastro, quiero conocer tus labios, y maquillarme la piel con tu polvo de luna.

Ya no me hagas esperar y ven a rescatarme”.

VEINTINUEVE

Aunque el hombre de la luna tardaba en responder Alba sabía que no estaba sola, se lo decía la flor, el gato, la lluvia que la bañaba, el sol pintando su piel como hace el pintor al lienzo, el grillo por la noche, y la luna que velaba el sueño.

Sentía las caricias del aire, escuchaba al silencio contándole historias, a la tierra cuidando sus pasos, a los árboles regalándole manzanas y sombra.

La acompañaban el lápiz y la hoja, y su voz, la tristeza la visitaba sólo de vez en cuando. Alba estaba en las manos de Dios, en el cielo, vuelta paloma, suspiro, o mujer. El tiempo de amar le llegaría.

TREINTA

Podía entrar y salir sin obstáculos de sí misma, disfrutaba sus pensamientos, los clasificaba, así, iba desechando los que no le gustaban. Estaba llena de ideas y conceptos absorbidos a lo largo de la vida.

Varias veces se topó con espejismos, con mentiras talladas en piedras preciosas, encontró también verdades que no brillaban, ni eran ostentosas, confirmó que las apariencias, y el golpe de vista muchas veces engañan, confunden.

TREINTA Y UNO

Para llegar a su semilla, tuvo que arrancarse una a una las mil máscaras que se le habían encarnado; sangraba, y es que con metros de tela cubrió por siglos el cuerpo, aunque debía gritar de dolor, lo hacía de felicidad, era libre como en el principio.

No pensaba volver a utilizar sus rostros, uno para cada ocasión, ya no sería actriz, no representaría comedias, tragedias, ni melodramas, ya no se ocultaría por miedo a ser lastimada ¿quién podría lastimarla más que ella misma? ¿quién más que esa estúpida rutina de desmaquillarse, quitarse el vestuario, verse desnuda al espejo, intentando cubrir eso que era ella, y que la horrorizaba?

Alba no deseaba que en el último minuto su rostro tuviera líneas de amargura, surcos de llanto, de impotencia, signos de frustración y desaliento.

No quería morir presa de sí misma, repudiando lo que era, para llegar a amarse, necesitaba conocerse, eso hacía.

TREINTA Y DOS

Reflexionando, también dejó de creer en la distancia física, ésa que se mide en centímetros, metros, o kilómetros; para ella la verdadera distancia entre un ser y otro, sólo puede darse cuando ya no se habita el corazón.

Pensaba también en la distancia que había de sus pies a la cabeza, en el largo de los brazos y los dedos.

“Me he definido: Prefiero el sur al norte. Mi norte (la cabeza) siempre piensa, mastica ideas, complica lo sencillo, habla, habla, habla... a veces necesito silencio. Me gusta más mi sur (los pies) son feos y no creo que estén enterados, mucho menos que les importe, siempre están dispuestos a andar, soportan el encierro, no se detienen ni lloran, ni sufren; tal vez porque están en contacto con la tierra, con la vida y la muerte, quizás es por eso que tienen la fuerza para sostenerme”.

TREINTA Y TRES

Alba descubrió que para cada persona lo más importante es ella misma, frecuentemente al hablar de sus cosas, los demás le contestaban con pausas de silencio, o con palabras que nada tenían que ver.

Por primera vez sus sentidos estaban puestos en la vida y en los demás, frecuentemente se preguntaba ¿Cuántas veces habré hecho lo mismo? ¿Hace cuánto que no escucho? Pareciera como si al hablar sólo buscáramos callar al silencio ¿por qué? Tal vez en la compañía queremos esconder la soledad, olvidarnos de ella ¿por qué nos da tanto miedo estar con nosotros?

Entonces recordó a Momo, quizá ella escuchaba a los demás porque nadie era capaz de escucharla, aunque tal vez lo hacía porque no le temía al silencio.

La mayoría de las veces una platica se convierte en monólogos cruzados, los problemas de comunicación, se deben a que no hay comunicación... le parecía increíble.

Ella hablaba mucho, pensó en las personas que sí la escuchaban y se sintió peor, debía tener cuidado, poner atención, y no dejar de oír. Se propuso entender las palabras, así después comprendería el lenguaje del cuerpo, de la piel, de los ojos...

Ya no quería no saber escuchar, ni ser un mueble, una pared ante la voz de otro, ya no.

TREINTA Y CUATRO

Alba disfrutaba de sí misma y también de los demás, sabía de la importancia de los puentes, necesitaba restaurar algunos dañados por el tiempo y las palabras (dichas o no). Había firmado un convenio de paz con ella misma, era hora de hacerlo con los demás.

El amor y ella bailaban, deseaba ofrecerlo a las personas y a los seres con un tango, a Dios y a los sueños con un merengue, a las ilusiones y al futuro con un danzón.

El proyecto de restauración estaba listo, había que poner la primera piedra, para después poder cortar el listón, y hacer una gran fiesta.

TREINTA Y CINCO

Percibía cada sonido, olor, textura, sabor que la rodeaba; ella y sus sentidos disfrutaban juntos y por separado del banquete de la vida. Esa vida que le debía a Dios

Era la primera vez que realmente creía en él, no le avergonzaba decirlo, ya no se sentía absurda por creer en algo que los ojos no ven, que carece de forma, color, volumen, y a pesar de eso el corazón lo siente.

Dejó de afirmar que sólo existía lo que estaba frente a ella, por no tener miles de ojos que le tapizaran el cuerpo.

TREINTA Y SEIS

Alba recordó en donde guardaba los moldes que representaban lo que debía ser según los demás, decidió que había llegado la hora de romperlos, estaba claro que el compromiso no era con el mundo, sino consigo misma; no necesitaba ser modelo en serie, ni traer pegado un código de barras para sentirse bien.

Ya no tenía miedo de ser quien era, no esperaba aplausos ni un mañana resuelto, dejó de preocuparse por los ojos y las lenguas; estaba orgullosa de ser Alba.

Cayó el último molde, sus pedazos volaron por todas partes, se convirtieron en polvo de estrella; Alba sintió comezón en la espalda, de ella colgaban un par de alas azul celeste, que cien mariposas le regalaron.

TREINTA Y SIETE

Había entendido que la felicidad se construye adentro, en la semilla; la vida era la misma de antes, ella no, las cosas tenían más colores, mejor olor...

Hacía mucho tiempo que no anhelaba la muerte, ya no era adicta a la nostalgia, ni al llanto, estaba desintoxicada, por eso caminaba sin preocuparse del trayecto, de lo que dejaba, de lo que vendría...

TREINTA Y OCHO

Aunque con sus alas de mariposa volaba sin límite, en el fondo le preocupaba no planear, no predecir el mañana. Era tan feliz que creía vivir un sueño, se aterraba al pensar que tarde o temprano tendría que abrir los ojos porque el lodo la asfixiaba, o que estaba loca, desquiciada.

Quererse no había sido tan difícil ¿loca, demente? le temblaban los labios ¿todo era mentira? No podía responderlo, Sólo el tiempo con sus minutos y sus horas.

TREINTA Y NUEVE

El mundo estaba lleno de asaltos, violaciones, crímenes, asesinatos masivos. La inestabilidad, el caos, la guerra, el hambre, eran tema de encabezados en revistas y periódicos, noticias de televisión y radio... a pesar del miedo Alba notaba que las personas eran cada vez menos sensibles.

¿Qué nos pasa? Tal vez el mundo necesita amor, suena cursi, a lugar común, pero es verdad; si las personas en vez de recibir amor recibimos hostilidad, es lo que aprenderemos a dar, no se necesita mucho para comprender que el amor es la esperanza de que el mundo podrá seguir girando.

CUARENTA

Ser feliz no significaba dejar de ser humano, no era una gracia de seres perfectos, ni de elegidos de otros mundos; era algo tan sencillo como querer aprender de la vida, de las lágrimas y la risa, del canto y el estruendo, de dar un paso firme y tropezarse, sin dejar de sentir, pues quien siente está vivo, y estar vivo , y tener historia es motivo de felicidad.

CUARENTA Y UNO

A esas alturas le faltaba sólo una prueba, mirarse al espejo para comprobar que realmente se había encontrado.

El mundo está lleno de espejos, no sólo de vidrio, también los hay de carne, de palabras. Tenía miedo de verse y de no estar, estaba decidido que no volvería a ser cautiva, prisionera del dragón del miedo; abrió los ojos, las dos Albas sonrieron y se acariciaron el rostro.

Ahora sólo le restaba continuar el camino, ya no tenía por qué detenerse, nunca más.

CUARENTA Y DOS

Sabía que la vida estaba llena de puentes, físicos, emocionales, sentimentales; un día se enteró que la piedra angular es la que sostiene a los puentes curvos, si ella fuera uno de ellos ¿cuál sería su piedra angular?

Lo primero que se le vino a la mente fue el dinero, aunque no tardó mucho en abortar la idea, el dinero es frío y plano, una moneda no llena, acaso tapa, maquilla, perfuma, pero no da vida, no sostiene.

¿El poder? No, el poder de los hombres es efímero, y aunque dure una vida, no es eterno.

¿El éxito? ¿El reconocimiento? Esas cosas llenan lo de afuera, pero no adentro, no al ser...

La lista era cada vez más larga, comenzaba a desesperarse, la repasó, y se dio cuenta de que estaba olvidando una palabra: el amor.

Ella lo conocía, pensaba en el amor que sentía por Arrigo, por Sol, por Adalid, por el hombre de la luna aun sin conocerlo, por todas las personas que le habían dado la mano, un beso, una caricia, una palabra, o un fuerte abrazo cuando lo necesitó, sabía del amor que se siente por la tierra, por sus padres, por los libros, por Dios, por sus manos, por sus dedos, por el ayer, por el hoy, por la experiencia, por la vida.

En el rostro de Alba se dibujó una sonrisa: Sí, el amor hace funcionar al mundo, convierte en ternura la fiereza del león cuando está con sus cachorros, hace que el agua nos quite la sed, que el sol caliente la tierra, que la madre amamante al hijo, que el dolor no derrumbe... tiene que ser el amor, es lo único que da fuerza, lo único que sostiene.

CUARENTA Y TRES

Deseaba enamorarse, sentir que la sangre burbujea de emoción, soñaba con encontrar a esa persona que tal vez también esperaba por ella, necesitaba sentir esa mano que aprieta como ninguna otra, probar el beso que no se olvida.

¿Y si ya pasó? ¿Cómo no distinguirlo? podría ser, siempre fue muy distraída.

CUARENTA Y CUATRO

El día en que menos lo esperaba Athos, el hombre de la luna por fin respondió. Al verlo supo de inmediato que era él, se lo decían las pupilas dilatadas, la suavidad del cabello, la claridad del olor, el magnetismo que ejercía sobre ella, y el escalofrío que le provocaban sus manos al tocarle la piel. Estaba indefensa ante el amor, pues él demolió las murallas y terminó con las dudas.

Cada beso la transportaba a otros mundos, era libre de amar sin miedo a decirlo, a sentir, ya no temía ser herida, lastimada, disfrutaba inmensamente de ese sueño, que dentro de una burbuja, la hacía flotar por encima de la realidad.

“Quiero ser tus ojos por siempre, ahora sé que no existe mejor lugar que tu piel, mejor sabor que tus labios, contigo he aprendido el lenguaje de los latidos del corazón, entiendo tu mirada y tu silencio... soy ya parte de ti, estas en mis pulmones, en mi amor cada minuto del día, me corres por las venas, eres parte de mi sangre, de lo que soy, de lo que respiro, eres el presente que amo”.

CUARENTA Y CINCO

La luna se comió la noche para ceder su lugar al sol; un nuevo día llegaba, despertaron el cielo, el agua, las aves, los hombres... despertó la vida.

En un cuarto de hospital un hombre de marfil abrazaba a una mujer de luz. Con ojos de esperanza y amor miraban a una niña que recién había despertado.

El hombre tomó la mano de la mujer y dijo: -Alba es un hermoso nombre-...
Todo es pensamiento.